

Diario de la peste

SEVERO SARDUY



La última novela de Severo Sarduy, Pájaros de la playa, fue puesta en circulación por Tusquets Editores hace unos meses. El título remite, por un lado, a un pasaje de Cobra en el que los restos del personaje —jirones de piel, polvo de huesos machacados— son abandonados "para los pájaros"; por otro, al hospital insular en que transcurre la acción de la novela, límite del mundo frente "al mar, que es el morir".

Se trata, pues, de un relato sobre la enfermedad y la muerte. Pero, a diferencia del resto de la literatura sobre el SIDA (cuyas siglas no aparecen en sus páginas), no se presenta como un testimonio, y sólo lo es de modo oblicuo. La novela, que originalmente debió llamarse Caimán, es ante todo una obra literaria de primer orden, que cierra un ciclo narrativo de importancia capital para nuestras letras y en la que cabe leer —entre otras cosas— una fábula moral, un ejercicio de meditación ascética y una alegoría política.

Los textos que recogemos en este número de Vuelta son contemporáneos de la escritura de Pájaros de la playa. Dos de ellos ("Diario de la peste" y la entrevista con Susanne Klengel) se publican aquí por vez primera; el otro, "El estampido de la vacuidad", apareció antes en el diario El País, de Madrid. Se trata, en los tres casos, de páginas de un enorme valor testimonial y que iluminan en más de un sentido la obra de su autor, pero que nos sorprenden sobre todo por su lucidez, su sentido del humor y su extraña serenidad. Son un retrato de uno de los espíritus más singulares de la literatura de nuestro tiempo —un auténtico raro, en el sentido que le dio Darío al término— y una lección de un arte que nunca sabremos del todo: aprender a morir.

Las del título no son, desde luego, las únicas claves de Pájaros de la playa, relato en el que proliferan —como en toda la literatura de Sarduy— las alusiones y las citas. Por ejemplo, la que aparece al final del libro, cuya penúltima frase anuncia "enlaces y desenlaces, que tornaré a contaros", con una fórmula que aparece en diversos lugares en sus novelas anteriores —pero que aquí están brutalmente puestas en entredicho por la oración final: "Si la Pelona, siempre presta a golpear, me concede una tregua". Es imposible no sentir, al leer esas palabras, un estremecimiento: están escritas ante la muerte. Pero también están escritas con una sonrisa, que no puede sino admirarnos.

Era muy de Sarduy eso de despedirse haciendo un guiño. Murió con una elegancia admirable, sin patetismo, sin lanzar una queja. Se fue como bailando. Como a Cristo en De donde son los cantantes, a él

se le iban los pies, los ojos, detrás de la banda oscilante de textos: quería bailar, sabía que el baile es el nuevo nacimiento, que después de la muerte nos enfrentarán con la orquesta de mambo...

Sabía que iba a bailar. Que bailar es encontrarse con los muertos.

Que quien bien baila, entra.

Severo, qué duda cabe, entró bailando un mambo.

A.A.

19.1.91

OY ESTALLÓ LA guerra. Sin saber por qué comienzo con esta frase, después de meses sin poder escribir, lo que intentará ser un diario de la nueva peste. Avanzado por mí, y por consignar lo cotidiano, la cuarta novela, Caimán, es el mismo cuerpo de la tetralogía zoológica que forman Caimán, Polibrí, Cocuyo y Caimán. El caimán —aunque —Caimán, parece ser, tiene esta forma, la de un caimán que se esmera en el Caribe— se hubiera comido a la ondulante cobra y ésta al polibrí, volador fijo, y éste al fosfo-recente cocuyo. Caimán que, al final, solo pero con los otros animales incorporados y enlazados en su interior. Emblemas mudos de la devoración en cadena, jeroglífico que es una pregunta: ¿quién se come a Caimán?

La guerra tiene, sin embargo, algo similar con la actual peste, como si un apocalipsis programado necesitara de la simetría. Ambas se ciernen sobre el planeta como una amenaza de extinción, ambas lo van ganando hombre por hombre, metro por metro. Y sin embargo, alguien puede estar completamente ajeno, ausente de ellas. Basta con que no tenga acceso, en el caso de la guerra, o renuncie voluntariamente a los medios de comunicación, para que todo siga igual. Al menos por ahora y en Occidente. Irá a su trabajo, deambulará por las calles o por su sueño, hará las compras o el amor sin el menor indicio material de la deflagración, despreocupado, casi inconsciente.

Sucede así con el sida. Si el ajeno a todo no toma un día la decisión de someterse al test fatídico, quizás muera de viejo, sosegado en su aparente salud, otro inocente.

A menos que, como en la guerra, en medio de la noche...

II

27.I.91

Le señalo, en el hospital, al enfermero que pasa, o a una limpiadora antillana y displicente, la presencia de cucarachas en el baño. —Según pueda —me responde sin la menor sorna, preocupado y profesional— le haré un informe a la Dirección...

V

28.I.91

Reinaldo Arenas: tres rebeliones. En Cuba, muy joven, contra la familia, contra la pobreza y la insoportable mediocridad del campo —recuerdo la melancolía, la tristeza de los atardeceres, como si una muerte se acercara—; luego, rebelión habanera, contra lo arbitrario de la revolución, la persecución de los homosexuales, la confiscación de los derechos de autor, el caos organizado. Finalmente, en el exilio, concluye su vida revelándose contra la voluntad de Dios, y contra el sida.

Fue su última libertad. Escoger su muerte. No dejarla en manos de nada. Ni de ese Nadie que la decidió.

III

27.I.91

Lo precedente es un recuerdo. Habrá muchos de mi estancia de casi un mes en L. Beach, como llamo a ese parisino hospital. Un primer ingreso de diez y siete días se debió a una pleuresía grave. Tuve que volver cuando comprendí —no, de modo paradójico, que prueba la ceguera al propio cuerpo, no lo había comprendido, a pesar de mis rudimentarios estudios de Medicina, que siempre exagero o prolongo en el recuerdo— que era alérgico al antibiótico que, precisamente, me curaba.

Terrible contradicción del cuerpo enfermo: rechaza lo que lo salva.

—No pensé que lo volvería a ver tan pronto— constató asombrado el médico de guardia.

VI

28.I.91

Al ver el informativo de la noche, ayer, escalofríos. Se trata de la gravedad de las noticias —el peligro de un bombardeo químico, la guerra biológica que paraliza todo lo vivo y deja intacto el resto, el paisaje silencioso de la *retombée*, el milenarismo, en suma—, de esas palabras, dichas en un tono neutro, puramente detonativo, que recorren el cuerpo como un sudor frío. O bien —terror de la misma intensidad, de la misma textura— es un regreso de la pleuresía, una secuela más. La pleura, que rechaza su amplitud máxima, el ritmo normal de la respiración, la respiración plena.

—Su expiración es buena —me dijo el médico—. A usted lo que le hace falta es inspiración.

Terrible diagnóstico para un escritor.

IV

27. I. 91

Pero ya eso se va convirtiendo en un recuerdo, en un reciente limbo. Algo que vivimos y cuyos restos afloran, como en una arqueología mórbida, sólo cuando algo los exhuma. Así, un indicativo colorinesco de la televisión, que en el hospital, sin otra ocupación ni interés, veía varias veces por día, suscita en mí, cada vez que lo veo ahora, un escalofrío similar al de la fiebre, un desasosiego comparable al de la primera vez que —aun sin diagnóstico y casi sin conciencia— lo vi.

Pero ahora, lo que me preocupa, son las secuelas. Hace dos meses que dejé L. Beach —al salir, muchos me encontraron un aspecto tan saludable que parecía que volvía de la playa— y todavía tengo dolores pulmonares. La pleura, parece ser, no cicatriza ni recobra su elasticidad. Sigo con mi gimnasia respiratoria.

¿Pero no será que soy un marginal de cuello y corbata, un irresponsable disfrazado, alguien incapaz, a lo largo de su ya larga vida, de cuidarse solo, de apartarse de un peligro, de sobrevivir? *Hago disparates*. Casi bajo la nieve salgo a la calle en impermeable, frecuento lugares insalubres y húmedos, salgo hasta tarde, bebo para crear ese momento de black-out en que desaparecen de la realidad la peste y la guerra y todo es olvido, deriva nocturna, sexo y receso.

VII

17.II.91

Incendio en el Hospital Laennec. Ahora, vuelven esas imágenes, que difunde la televisión, pero en desorden, desgarradas, quemadas. Un incendio se declaró en uno de los pabellones, el de Medicina general, y progresó a lo largo del pasillo destruyendo las vetustas instalaciones —el hospital data del siglo XVII, los muros húmedos o carcomidos, carbonizando a los inmóviles enfermos: ancianos, caquéticos, víctimas del sida, atrapados en la maraña de los tubos de plástico que los perforan y alimentan. Unas horas más de respiración. Un día más de orine y excrementos. Un plato de comida sin sal. Un

vaso de agua. Cualquier garantía de que la vida sigue, de que la muerte, que aguarda paciente, agazapada en los diagnósticos y las sábanas sucias, en los frascos de suero y en los algodones manchados de sangre y de pus, aún no ha llegado completamente, aun no va a golpear, sorda. Al menos esta noche, al menos hoy.

Reconozco enseguida, en medio de la maquinaria médica chamuscada, la arquitectura del edificio, los soportes exteriores de inspiración gótica, y luego, cuando la cámara se aleja, los letreros indicadores de los diferentes pabellones.

La fantasía es inevitable: me veo en medio del incendio, incapaz de salir, tratando de zafarme las agujas de las transfusiones. O bien —es lo peor— en el momento de una punción. Una aguja clavada en los pulmones por la que emana hacia un recipiente que a propósito no miro, un líquido que los enfermeros juzgan en función del color; vuelve la pintura con sus gamas: café, café claro, agua vinoso, opalina, hasta llegar a la madre del vino o a la borra de café. Matices que miden el grado de morbidez, el oro —así se califica el virus, estafilococo dorado— que se adhiere a las paredes de la pleura. Los asistentes, atareados o torpes, desaparecen de la habitación mientras el líquido fluye, hartos sin duda de ese vaciamiento banal. François vigila ese fluir repugnante.

Hasta que vuelven los peritos y sacan la aguja. Gritan, alborozados: "¡Casi un litro!"

Ahora esas imágenes carbonizadas se mezclan con otras del mismo informativo, que la siguen sin el menor receso, como si formaran parte de una misma secuencia secreta, o estuvieran destinadas a un mismo fin. Son carmelitosas, ocres grisáceas, inmóviles, como expulsadas de todo movimiento y de todo color. Hay una tempestad en el desierto de Arabia Saudí. Los tanques se han agrupado cerca de la frontera. Vistos desde el avión que transmite las imágenes forman una extraña figura geométrica, la letra de un alfabeto arcaico o por venir, el jeroglífico de la muerte. La arena lo va borrando todo. Como la ceniza el hospital quemado.

Llega al final el previsible indicativo, que es como la versión musical de una asfixia, la vocal abierta de un ahogo.

Le sigue el siniestro, que anuncia la publicidad y que asocia a la muerte o a la fiebre: una pareja de ballet, que esboza una figura en colores desvaídos, amarillentos, rosa de escupitajo tuberculoso, vomitivos. Tonos de azul sucio y morado menstrual bordean ese espantoso *pas de deux*.

VIII

18.II.91

Pleuresía, en francés, contiene llanto —pleure—; así, de ese llanto imprevisible, que se prolongó por un mes, ahora me quedan sollozos. Me asaltan, mientras duermo, los sollozos de alguien que ha llorado mucho, sin que logre traducir a nadie esta sensación en francés: la palabra, o la noción, no tienen equivalente preciso en ese idioma.

Pero quizás hay más en la pleuresía: el traumatismo de mi nacimiento, mi deseo, que voy descubriendo lentamente mientras la vida avanza, de no nacer, de no afrontar el aire.



Nací ahogado. En el estado intrauterino las paredes de la pleura se tocan, están cerradas; el aire del nacimiento las abre. En las escuelas, que padezco, de la enfermedad, está escrita mi pulsión de regreso al estado prenatal, el único feliz, que no sé por qué identifico con el estado póstumo, como si yo tuviera que terminar como empecé: en el ahogo.

Nacer ahogado. Morir ahogado. Toda muerte, como quiere que se presente ¿no será una forma disfrazada de ahogo?

Equivalencia de lo *prenatal* y de lo póstumo. Obsesión de Cocuyo, personaje de mi última novela. La vida se presenta pues como un *entreacto*, una vigilia entre dos ausencias infinitas. Brusco chispazo del ser.

La presencia, el estado despierto de la vida ¿implicará un *telos*, un propósito consciente o no?

Para algo me salvé de la pleuresía. Sentí, una noche, que un *orisha* particular, Oyá, responsable de la entrada al cementerio —y que se identifica en el sincretismo católico con Santa Teresa de Ávila—, me rechazaba, o me señalaba con brusquedad que aún no había llegado el momento. Al otro día, inexplicablemente, me desperté sin fiebre.

Para algo me salvé; es seguro. Pero no he llegado a saber para qué.

IX

18.II.91

Ayer murió mi padre en La Habana. Terminaba de escribir el párrafo precedente cuando llamó mi hermana para dar la noticia. Ya sabía que algo pasaba. Por la mañana había visto una sombra, algo incorpóreo que pasaba, como siempre me ocurre cuando alguien a mi alrededor va a fallecer. Estaba preparado.

"No sufrió" —me dice mi madre cuando me atrevo a llamar por teléfono para asumir el nombre, el papel de hombre de la familia que la genética ahora me asigna. Murió con la cara entre mis manos. Mi hermana piensa que se dio cuenta de que todos estaban a su alrededor, ocupándose de él, queriéndolo.

Me reconforta la fidelidad de algunos hombres: todos los escritores cubanos, mis amigos de siempre, fueron al entierro. ✽